

Pierre André Taguieff

Conspiracionismo

Traducción de Lucía Alba Martínez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Les théories du complot*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Que sais-je ? / Humensis, 2021
© de la traducción: Lucía Alba Martínez, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-861-7

Depósito legal: M. 24.552-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción
15	1. El contexto mundial: ansiedad social y cultura de la sospecha
23	2. Éxito y usos de una expresión: «teoría de la conspiración»
34	3. Explicaciones alternativas o creencias paranoicas
48	4. Conspiracionistas y anticonspiracionistas: distinciones básicas
55	5. Relatos conspiracionistas de referencia: un breve repaso histórico
70	6. Las fuentes del imaginario conspiracionista de la Modernidad
76	7. Desmitificar para remitificar: la paradoja política moderna
81	8. Describir y explicar el conspiracionismo
93	9. Las cinco reglas del pensamiento conspiracionista
98	10. Conglobación y «milhojas argumentativo»
103	11. Funciones psicosociales de las narrativas conspiracionistas
113	12. Frente a los «farmacómanos»
122	Conclusión
127	Bibliografía

Introducción

Es un hecho que las «teorías de la conspiración» (*conspiracy theories*, *Verschwörungstheorien*) tienen mala reputación. Son, por lo general, juzgadas como irracionales por los filósofos, los historiadores y los especialistas en ciencias sociales, que, hasta los años noventa, no las han analizado más que ocasionalmente. Se las relega al reino de lo falso y lo delirante, y, a este título, han sido durante mucho tiempo consideradas indignas de constituir un objeto de análisis en profundidad. También se las denuncia como peligrosas debido a sus presuntos efectos en el ámbito político: se las acusa de alimentar la desconfianza hacia las instituciones y los cargos electos, así como hacia la información científica y médica, y de obstaculizar así, por ejemplo, las necesarias campañas de vacunación. Algunos observadores ven en ellas, especialmente en el uso que les ha dado el presidente Trump, un desafío a la democracia liberal¹.

1. Merlan, 2019; Muirhead & Rosenblum, 2020; Uscinski, 2020.

Pero todos los dirigentes de los regímenes autoritarios antiliberales recurren a ellas, desde Vladimir Putin y Viktor Orbán hasta Recep Tayyip Erdoğan². También se acusa a las «teorías de la conspiración» de haber propiciado los atentados terroristas al haberles señalado a los extremistas objetivos demonizados: se ha podido establecer que han desempeñado un papel en las motivaciones de los yihadistas y supremacistas blancos que han pasado a la acción. En términos más generales, se ha denunciado a menudo que son el nuevo «opio del pueblo». Desde la década de 2010, son numerosos los analistas que afirman que hemos entrado en la «era de las teorías de la conspiración», lo cual no resulta nada tranquilizador. En cualquier caso, el conspiracionismo está a la orden del día.

La temática conspiracionista resulta atractiva: vende. Las «teorías de la conspiración» tienen sus emprendedores ideológicos, sus propagadores y sus consumidores. Los encontramos tanto en el discurso político como en el ámbito cultural. Su presencia masiva en las redes sociales demuestra que responden a una demanda social que traspasa las fronteras nacionales. Los relatos conspiracionistas son maniqueos: describen una lucha entre el Bien y el Mal, un gran enfrentamiento entre fuerzas luminosas y fuerzas tenebrosas, lo que los acerca a los textos ocultistas³. Designan a personas o grupos como enemigos, tratados como chivos expiatorios. Ahora bien, resulta que estas características de las narrativas conspiracionistas, lejos de generar rechazo, como cabría imaginar, no son ajenas al éxito que cosechan. Les corresponde a los investigadores, en particular

2. Yablokov, 2015; Borenstein, 2019; Haquet, 2018; Mabovitz, 2015.

3. Cubbit, 1989, p. 13.

a los sociólogos, politólogos y psicólogos sociales, formular hipótesis explicativas sobre las razones de esta fiebre internacional que se viene observando desde los años noventa.

Los trabajos pioneros sobre las creencias conspiracionistas se situaban principalmente en el campo de la historia de las ideas y las abordaron como componentes de relatos míticos instrumentalizados políticamente⁴. De este modo, se asumió que no eran más que ideas muertas o sombrías, pertenecientes a un pasado desfasado. Se estudiaban como curiosidades o vestigios de una mentalidad prelógica. En este sentido, las cosas no han cambiado demasiado. La mayor parte de los intelectuales, periodistas y actores políticos las consideran hoy tan preocupantes como peligrosas, lo cual es razonable. Pero, en la medida en que las perciben como «simplistas» o «absurdas», las encuentran fácilmente refutables, hasta el punto de que no se toman la molestia de refutarlas. Por lo general, se conforman con denunciarlas y condenarlas. Es pertinente preguntarse por la eficacia de esta forma polémica de «responder» a los relatos conspiracionistas⁵. Para rebatirlos, hay que empezar por identificar los sesgos afectivos y cognitivos que ponen en juego, para después confrontarlos con los hechos que pretenden explicar.

Algunos especialistas en la materia siguen abordando la mentalidad conspiracionista desde una perspectiva psicopatológica, reduciéndola a una forma de paranoia o esqui-

4. Popper, 1945; Sperber, 1957; Hofstadter, 1965; Cohn, 1967; Bieberstein, 1976; Poliakov, 1980.

5. Taguieff, 2016, pp. 143-160; Cassam, 2019, pp. 92-125; van Prooijen, 2019; COMPACT, 2020, pp. 11-16.

zotipia⁶, obviando así los factores contextuales y, sobre todo, el hecho de que el conspiracionismo se inscribe en el pensamiento social ordinario. En este sentido, el problema metodológico que se plantea es el mismo que el que suscita el racismo, oscilando entre el simple pensamiento basado en estereotipos (que cae dentro del etnocentrismo banal) y la huida hacia delirios paranoicos con componente apocalíptico. Desde principios del siglo XXI, sin embargo, la situación parece estar empezando a cambiar: las «teorías de la conspiración», como antes los rumores⁷, se han convertido en objetos de pleno derecho del trabajo científico y la reflexión filosófica⁸.

Desde la década de los 2000, un número creciente de expertos e investigadores, principalmente anglosajones, se han aproximado a las «teorías de la conspiración» utilizando diversos enfoques procedentes de sus respectivas disciplinas científicas: la antropología, la sociología, la psicología social y cognitiva, la ciencia política, la lingüística y la teoría de la argumentación (o retórica). Sumándose a los trabajos pioneros de filósofos (como Karl Popper), psicólogos sociales (como Serge Moscovici) e historiadores (como Norman Cohn, Léon Poliakov, Richard Hofstadter o Raoul Girardet), estas investigaciones recientes han contribuido enor-

6. Darwin, Neave & Holmes, 2011; Barron, Morgan *et alii*, 2014; van der Tempel & Alcock, 2015. Sobre estos trastornos de la cognición social derivados de la esquizotipia, véase Del Goleto & Kostova, 2016.

7. Fine & Turner, 2001; Fine, Campion-Vincent & Heath, 2009.

8. Goertzel, 1994; Taguieff, 2005; Coady, 2006; Wagner-Egger & Bangerter, 2007; Bratich, 2008; Danblon & Nicolas, 2010; Byford, 2011; Douglas & Sutton, 2011; Uscinski & Parent, 2014; Bilewicz, Cichocka & Soral, 2015; Brotherton, 2015; Prooijen, 2017 y 2018; Cassam, 2019; Uscinski, 2019; Butter & Knight, 2020.

mamente al avance de los conocimientos sobre este tema, hasta ahora mal definido y poco estudiado⁹. Pero el gran público, que actualmente tiene acceso a Internet, se alimenta de creencias e historias conspirativas y de saberes alternativos dudosos sobre la cuestión, y no dispone de las herramientas intelectuales necesarias para sacar partido de los trabajos científicos disponibles sobre la cuestión.

Es conveniente reconocer el hiato existente entre la cultura popular globalizada, fuertemente imbuida de la fantasía conspirativa, y la investigación académica y multidisciplinar sobre el fenómeno conspiracionista. La cuestión es, por tanto, cómo tender puentes entre estos dos universos, que tienden respectivamente a cerrarse sobre sí mismos. ¿Es posible el debate entre los que creen y los que dudan y buscan? ¿Entre los que se adhieren a una visión del mundo y los que intentan analizarla y explicarla? ¿Entre los ciudadanos de a pie y los miembros de la comunidad académica? La apuesta de este libro es imaginar el posible diálogo entre todos los ciudadanos, a través de distintas formas de mediación. Esto equivale a confiar en el libre debate en el espacio público como condición para el ejercicio de la democracia.

9. Taguieff, 2013, pp. 73-86; Butter & Knight, 2019.